



La mano izquierda de Dídac

En un pueblo de calles empedradas y casas de colores vivía Dídac, un niño alegre y deportista. Le encantaba jugar a fútbol con sus amigos después del colegio. Un día se cayó y se hizo daño en la mano derecha. Tras visitar el hospital, volvió a casa con la mano vendada.

Los días siguientes fueron difíciles. No podía escribir con facilidad ni jugar como antes. Incluso atarse los cordones le costaba. Se sentía frustrado y triste, aunque tenía ganas de encontrar una solución.

Al verlo desanimado, su madre le propuso: —¿Por qué no aprovechamos para descubrir algo nuevo que puedas hacer mientras descansa tu mano? A Dídac le gustó la idea y empezaron a buscar actividades.

Primero aprendió a preparar platos sencillos con ayuda de su madre. Después descubrió el placer de leer aventuras y misterios que lo transportaban a mundos imaginarios. Con su padre empezó a jugar al ajedrez, aprendiendo a pensar sus movimientos con una paciencia nueva.

Cada habilidad lo ayudaba a sentirse más capaz. También comenzó a escribir un diario con la mano izquierda. Al principio le costaba, pero



con práctica su letra fue mejorando.

Después de varias semanas, la mano empezó a recuperarse y, cuando pudo hacerlo, volvió poco a poco al fútbol. Ahora, además de su deporte favorito, tenía otros intereses y más confianza para afrontar las dificultades.

Al reunirse con sus amigos, compartió todo lo que había aprendido. Les enseñó recetas sencillas, recomendó sus libros preferidos y organizó una partida de ajedrez en el parque.

Dídac comprendió que un contratiempo podía abrirle puertas inesperadas. Con ayuda de su familia había encontrado nuevas aficiones, y su experiencia animó a sus amigos a probar cosas distintas con curiosidad y confianza.